

DEL CUADERNO DE NOTAS

Marcos Lijtenstein

El éxito que se obtiene localizando datos en un **archivo**, marca los fracasos de la **memoria**: la personalidad fracasa al dejarse seducir, si confunde memoria con archivo. Esta amenaza es un profundo riesgo, sobre todo para las almas prolijas.

A falta de fichas bibliográficas, buenas son memorias no archivadas.

Como en la ocurrencia personal que sigue, en la que se trataba del ser objeto de reconocimiento.

Mi cuestionamiento consistió en marcar la exageración: se trataba de un propósito generoso, desmedido.

Hasta que se me impuso una fórmula que pretende trascender una intención transaccional.

Así es que me dije que hay que saber aceptar un reconocimiento generoso, **siendo esa generosidad una suerte de justicia del corazón**.

Tal como **el perdón es la inteligencia del corazón**, afirma Dostoievski en la novela "Un adolescente", que leí más tarde.

En ese mismo texto del autor referido, leemos:

"Siempre es lo mismo: ¡aún después de la muerte subsiste el amor!"

¿Cómo podría recoger un archivo esta memoria del futuro, que echa raíces en tener "el recuerdo de lo que va a pasar"?

Se nos asegura que para la eternidad –"siempre"- hemos de amar y de ser amados: hay remedio para la terrible herida narcisista, para la demandante angustia de un "es lo mismo" eternizado. Incluso si tenemos que resignarnos a dejar una parcela del amar, disponible para el odiar.

Harto cuesta pensar en estas cuestiones. Al punto que la afirmación contraria puede atenuarse apelando a la forma interroga-

tiva y más aún, puede llevarnos a rehusarnos a pensar e interrogarnos.

Véase “De pensamientos para no ser pensados”:

“¿Y si la vida no fuera más que un insomnio de la muerte?”

Es más que un inquietante “Psicograma” de Carlos Vaz Ferreira (cf. Rev. “Número”. Montevideo, 1950.)

Y no cabe que lo archivemos.